

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

*Roberto J.
Payró.*



M. Gleizer Editor

PREFACIO

A MIS AMIGOS LOS DOCTORES DAVID PRANDO,
DAVID FERNANDEZ Y EDUARDO SALA, QUE
ME DIERON TIEMPO Y ANIMO PARA ESCRIBIR
ESTAS PAGINAS.

*"Mañana comenzará **La Nación** a publicar en su folletín, la última obra de Roberto J. Payró, cuyo título es **EL MAR DULCE**, crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata por Juan Díaz de Solís.*



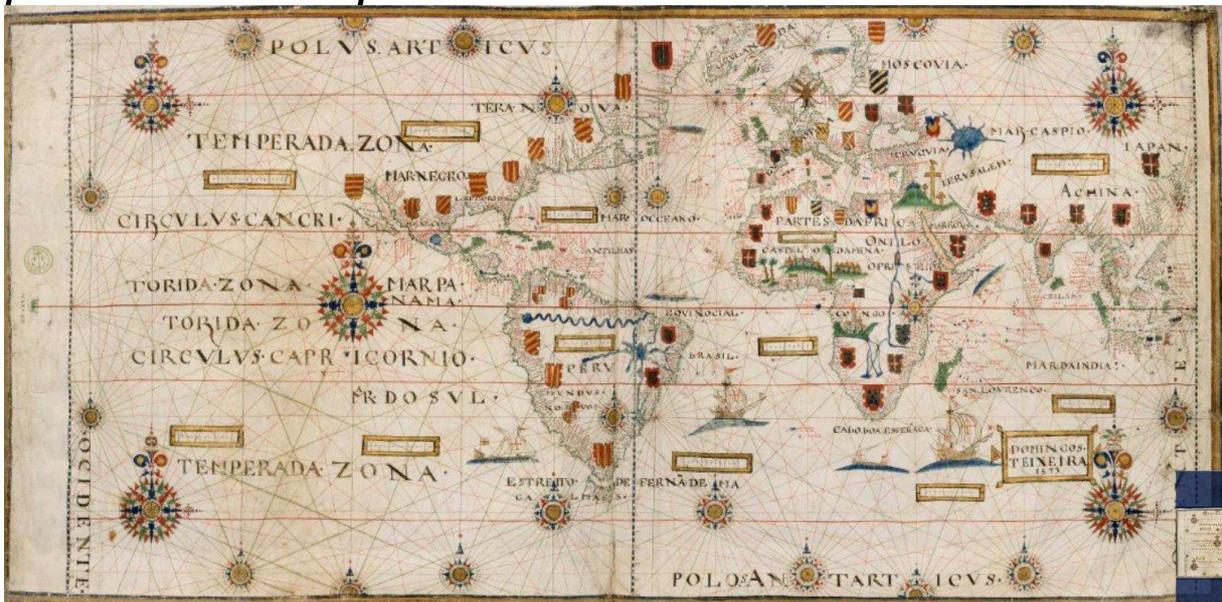
*Juan Díaz de Solís
Descubridor del Río de la Plata*

El libro comienza como una de esas ligeras lloviznas primaverales que la tierra bebe apenas se moja, pero que luego, al persistir, van arreciando poco a poco hasta volverse copiosas, torrenciales y capaces de desbordar los ríos y anegar los campos.

*Este símil ha sido quizá el primero en ocurrírse nos, por ser cosa nuestra, natural y del momento ; pero encajará, sin duda, mejor que comparemos el desarrollo de **EL MAR DULCE** a esas sinfonías que, comenzando con un "pianissimo" de las cuerdas, van luego complicándose y ensanchándose hasta alcanzar las mayores sonoridades de la masa orquestal.*

Y así tendría que ser la "Opera", si la música había de acompañar e interpretar bien el "libreto". El poema, comienza en una apacible mañana con un diálogo apacible en la apacible Logroño de principios del siglo XVI; diálogo entre el cronista y poeta Oviedo y su amigo Juan Díaz de Solís, en quien ya se vislumbra el alma del héroe que, después de llevar a cabo venturosamente larga y arriesgada travesía, sucumbe en la más inesperada y obscura tragedia, al descubrir nuestro gran río, que él bautizó Mar Dulce y que en verdad y en justicia debiera llamarse Ensenada de Solís.

En las primeras escenas de la obra, vense los preparativos del gran viaje, a los que da singular interés la solapada acción de españoles y portugueses para violar la famosa línea demarcadora del tratado de Tordesillas, tan matemática y clara en apariencia como ocasionada a casuísticas discusiones en su práctica e interpretación.



Sobresalen entonces, entre otras, dos escenas: la primera en que Solís contrata al ladino andaluz Diego García de Moguer, y que comienza a ponernos en contacto real, diremos, con algunos personajes del drama; y la segunda, quizá la más perfecta del libro, en la que la rivalidad hispano-lusitana de entonces está pintada con los tintes oscuros y la magistral sobriedad de un Velázquez, al describir la entrevista que Solís celebra con el embajador de Portugal, Vasconcelos. Es admirable la lucha, el duelo de aquellos dos hombres en que Solís

resiste con tanta entereza como ironía las sutiles artes del diplomático, que, yendo del halago y las ofertas tentadoras hasta la amenaza, quiere conquistar a toda costa al célebre piloto para que deje de servir al Rey de España y se ponga a las órdenes de su Señor.

Viene después, y también tiene interés muy vivo, toda la parte del libro en que vemos librarse otra lucha, de muy distinta índole, pero no menos apasionada que la anterior, entre Juan Díaz de Solís y los señores de la Casa de Contratación de Sevilla. Las mezquinas triquiñuelas de una burocracia en extrema papelera, desconfiada y autoritaria que se atrevía hasta oponerse a la omnímoda voluntad del monarca, y la satisfacción de Solís al humillar a aquellos empecinados y envidiosos funcionarios que muy mal le querían, porque no era hechura, de ellos y no acataba sin réplica su caprichosa y estrecha autoridad, dan motivo a muy movidas, características y sabrosas escenas.

Los preparativos del viaje en el puerto de Sevilla, en medio de la curiosidad general y de los variados y graciosos comentarios populares, con la entrada en escena de un simpático arrapiezo que llegará a alcanzar notoriedad con el nombre de Francisco del Puerto ; las recaladas en Sanlúcar, en Lepe, y luego la partida hacia la gran aventura, forman páginas llenas de pintoresca amenidad y de fuerte emoción, a pesar del rudo

temple de aquellos que la acometen.

La travesía, con una descripción, sin duda muy próxima a la verdad, de la vida, penosísima a veces y harto incómoda siempre, que se hacía en las naos ; la escala en Tenerife, que viene a ser para la tripulación, gracias a la hospitalidad canaria, regocijada fiesta ; la entrada y la estada en la bahía de Guanabara, que da origen a una sobria y bella página descriptiva, así como la llegada a la embocadura del prodigioso río, que Solís más presente, sin duda, que descubre cuando habla de él a sus compañeros, estando aún en pleno océano, constituyen muy hermosos capítulos, sobre cuyo fondo se destaca la noble figura del capellán, de a bordo, fray Buenaventura, grande y dulce alma de misionero cristiano que condena las crueldades cometidas por los conquistadores con los indígenas y que no desmaya en su misión evangélica, a pesar de la desatención y las burlas con que reciben su palabra aquellos hombres codiciosos e inconscientemente crueles que pretende aleccionar.

Y, por último, tras de un descanso en el bello río que llamaron de los Patos – hoy de Santa Lucía en el Uruguay – la inesperada tragedia que pone luctuoso, horrendo término a una aventura que había corrido hasta entonces de la más afortunada manera, aunque en ella la generalidad de la tripulación hubiera visto defraudada la sed y

la seguridad de alcanzar las más fabulosas riquezas que los impulsara al gran viaje.

Tal es, muy sucintamente contada, la nueva obra con que Roberto J. Payró enriquece la literatura argentina.

Es un bello, un noble libro en el que corren parejas la verdad histórica, y la belleza literaria, con tanta probidad perseguida la una como la otra, sin hacer más concesiones a la imaginación, que aquellas que impone lo escueto de los relatos hechos por los testigos presenciales a la manera de diarios de a bordo, para pintar los ambientes y dar a los hombres y a las cosas sus rasgos característicos y los movimientos de la vida. En cuanto al estilo sólo diremos en su elogio que como lo requería lo épico y lo español del asunto tiene la limpieza, el bruñido y el temple de una espada de Toledo".

"La Nación", 8 de septiembre de 1927

Indice :

	<u>Pág.</u>
I—La pluma y la ballestilla	16
II—Mientras duerme el adversario	31
III—Viviendo hacia atrás	43
IV—Hasta que acaba el ensueño	53
V—El Ministro de dom Manoel.....	63
VI—La condescendencia de Fernando el Católico	77
VII—La táctica de Su Alteza	89
VIII—Desquites de Solís	103
IX—Un aspirante a la gloria y la fortuna	119
X—¡Al avíol	131
XI—Los adioses	147
XII—Entre mar y cielo	161
XIII—El golfo de las yeguas	175
XIV—Holganza, holgorio y maravillas	189
XV—Tierra encantada	203
XVI—Cuentos crueles	219
XVII—La visión del Mar Dulce	231
XVIII—La primera tumba	247
XIX—Tragedia	255
—Después	263